manera brusca y Lazarine se precipitó en el coche.

Su agitada respiracion indicaba claramente la rapidez de su carrera.

—¡Gracias á Dios!—murmuró el jóven, tratando de coger y estrechar la mano de la marquesa, que ésta retiró casi con cólera.

—¿Comereis conmigo Lazarine?—preguntó con voz conmovida y trémula por la emocion.

—Nó—contestó bruscamente la marquesa.

—¿A donde quereis que vayamos?

—Donde querais.... todo derecho; no dispongo mas que de una hora.

—Por la Avenida de los Campos Elíseos hasta la plaza de la Concordia—dijo Marcelo al cochero.

El coche se puso movimiento.

Al cabo de algunos momentos de un silencio enojoso, murmuró el ex-oficial:

—Bien veo que estais incomodada, Lazarine.....

La marquesa no contestó ni una palabra, y siguió el anterior silencio.

El reflejo de las luces iluminaba de una manera vaga el interior del carruaje, forrado de satin marron.

La jóven estaba sentada en el ángulo de la izquierda, con el velo echado y la cabeza hácia atrás. Su mirada era fija, y á pesar del negro



encaje y la penumbra que allí reinaba, podia notarse el brillo de sus pupilas.

El agitado movimiento de su pecho indicaba claramente la tempestad que iba á desencadenarse de un momento á otro.

Aquel silencio era su precursor.

Iba á entablarse una lucha extraña y sin cuartel entre aquellos dos séres que poco tiempo antes estaban unidos por los mas estrechos lazos.

Lazarine era de Marcelo: éste era el padre del hijo de Lazarine.

Todas las palabras que ha inventado el amor habian sido pronunciadas por aquellos labios en el momento de estar unidos.

Pero estos recuerdos, que eran los que evocaba Marcelo, eran precisamente los que Lazarine trataba de borrar.

Por un lado hablaba un amor impetuoso; por otro un ódio implacable.

Lazarine rompió el fuego disparando el primer tiro.

## XLV

La señora de la Tour du Roy se cruzó de

brazos, y volviéndose hácia Marcelo, le dijo en un tono de profundo desden:

—¿Con que es decir que habeis llegado hasta la amenaza?

El teniente se sintió herido, no de las palabras, sino del tono con que fueron dichas, porque él aceptaba la cólera, pero no queria el desprecio, y contestó con dureza:

—Ya veis que he hecho muy bien en amenazar puesto que habeis venido, y que he hecho muy bien en mandar puesto que habeis obedecido.

Lazarine hizo como si no hubiera oído esta respuesta, y continuó:

—Y en su consecuencia habeis escrito á una mujer: *Si no encontrais el medio de tener libertad cuando á mí me plazca, si no sacrificais las conveniencias sociales, el mundo, vuestra familia y todo, para venir cuando yo os llame, violaré vuestra casa, os daré un escándalo, os comprometeré y os perderé.* ¡Sí, me habeis escrito esto! Si no son precisamente las mismas palabras, éste al menos es el pensamiento. Os habia tomado por un caballero, y me he equivocado. ¿Teneis la bondad de decirme lo que sois, señor Marcelo Laugier?

—Soy un hombre que ha sufrido mucho y que no quiere sufrir mas—contestó friamente Marcelo.



—¿Y soy yo acaso responsable de vuestros sufrimientos?

—Sí, señora, puesto que sois vos quien me los proporciona.

—¿Y qué es lo que debo hacer para remediarlos?—preguntó Lazarine irónicamente.

—Volver á ser lo que érais hace algun tiempo, porque la vida que tengo hoy por culpa vuestra me parece imposible.

—¡Imposible!—repitió la marquesa.—Teneis razon; imposible; pero no para vos, para mí.

—¿Entonces, segun eso—preguntó Marcelo—soy yo el culpable?

—¿Pues quién lo es si no vos?

—¿Qué teneis que reprocharme?

—El ser conmigo mas tiránico que lo haya sido ningun marido con su mujer; el querer imponerme vuestra voluntad y jugar con mi posicion, con mi reputacion y con mi honra.

—¿Es acaso un crímen el que os adore y desee veros?

—¡Decís que me adorais! No quisiera que mi mayor enemigá fuese adorada de esta manera; sería mucho mas preferible vuestro ódio.

—Sois muy cruel, Lazarine; no teneis compasion.

—¿Porque tengo valor bastante para oponerme á vuestras exigencias, cada dia mayores y mas imperiosas? Vuestras pretensiones me ir-

ritan, y vuestras amenazas me sublevan. ¿Con qué derecho quereis perderme para con el mundo?

—Sabeis perfectamente que no quiero semejante cosa. Bien sabeis tambien que vuestra honra es para mí tan querida como para vos misma, y que mi mas ardiente deseo seria legitimar por el matrimonio los lazos que nos unen.

—¡Yo vuestra esposa! ¡nunca! ¡Aceptaros por dueño y hacer eterno un martirio que no tiene nombre! ¡Primero la muerte, la muerte al momento!

Los dos actores de esta escena que referimos, no levantaban la voz en este diálogo, en que cada frase de Lazarine era un dardo para Marcelo.

Pero no por esto dejaba de ser terrible el efecto.

Marcelo continuó:

—Lazarine, ya no me amais.

—¿Y si fuera eso?

—Es.....

—Pues bien; ¿qué hay despues?

—Que habeis dejado de amarme de una manera muy repentina, que me dice la verdad de todo.... No solamente no me amais ya, sino que amais á otro.

—¡Falso!



—¡No lo negueis! ¿para qué? tengo la seguridad de ello.

—¡Ah! ¿teneis la seguridad?—dijo la marquesa con aire burlon.

—Sí.

—¿Os figurais acaso que voy á tomarme el trabajo de desengañaros? Me conoceis muy mal si habeis supuesto semejante cosa; pero puede muy bien suceder que lo que es falso hoy, sea mañana verdad.... tengo veinte años y aún he de amar.

—¡Callaos, Lazarine! os lo suplico.

—¿Por qué he de callarme? ¿os mortifican mis palabras? lo siento mucho y no puedo remediarlo; ¿para qué las habeis provocado?

—Os repito, Lazarine, que semejante existencia no puede durar por mas tiempo.

—Eso es lo mas razonable que habeis dicho desde que estamos hablando; concluyamos: ése es mi ardiente deseo.

Marcelo, estremeciéndose, preguntó:

—¿Qué quereis decir con eso?

—Lo que vos mismo habeis querido decir sin duda; esos estrechos lazos que queríais legitimar no son, gracias á Dios, indisolubles, y nuestra mútua voluntad será bastante para romperlos. No podemos ser amantes, pero podemos ser amigos; rompamos la cadena y seamos libres uno y otro.

Los labios de Marcelo se quedaron lívidos.

—¡Os equivocais!—dijo con sorda voz, que silbaba al pasar por entre sus dientes apretados.—Os equivocais señora, yo no quiero mi libertad ni os doy la vuestra; no sois libre.

—¡Como!—exclamó Lazarine.

—¡Nó! ¡nó! ¡y cien veces nó!—interrumpió el jóven con violencia,—no sois libre. ¿Acaso os conocia yo? ¿os he buscado? ¿soñaba por ventura en amaros, ni en ser el juguete de vuestro capricho? ¡Vos sois la que habeis venido hasta mí ofreciéndoseme y entregándoseme!... ¡y vuestro hijo es mi hijo! Habeis encendido en mi corazon un fuego que me abrasa, y correr por mis venas ardiente lava en lugar de sangre, para venir á decirme ahora como la cosa fácil del mundo y como la mas razonable que yo pudiera esperar: *"¡sed libre! ¡yo tambien quiero serlo!"* ¡Nó, eso no es tan fácil! ¡Yo os amo, Lazarine, y he creido tambien que me amábais porque me habeis dado derecho á creerlo; mi corazon es todo vuestro y seguirá siéndolo vuestro! ¡No quereis ser mi mujer!.... bueno, no puedo obligaros á llevar mi nombre, pero puesto que habeis querido que sea vuestro amante, seguiré siéndolo.

—¡Ah!—murmuró la marquesa estremeciéndose.—¡Me amenasais con ejercer violencia!

—Bien sabeis que no—respondió Marcelo,—



probablemente no me pertenecereis ya nunca; pero tambien es verdad que no pertenecereis á nadie. Ese corazon, que fué mio una noche á una sola hora, no ha de latir junto al corazon de un rival; porque si no me amais, no habeis de amar á nadie; y tenedlo entendido, sed mi mujer ó mi querida, porque mientras yo viva no tendreis mas marido ni mas amante que yo.

—¿Y como me lo impedireis?—preguntó la marquesa en tono provocativo de desafío.

—Me encontrareis siempre y en todas partes entre vos y el que hayais escogido.

—Eso se dice pero no se hace.

—Ensayad y vereis como lo hago. Significad vuestra atencion á cualquier hombre hoy mismo, y vereis si le desafío esta misma noche y le mato mañana.

—Si no os mata él—contestó Lazarine con acento de ódio increible.

—Eso seria vuestra única salvacion—dijo Marcelo,—sereis libre cuando yo esté muerto.

—¡Bueno! esperaré.

Despues de un momento de silencio, continuó la marquesa:

—¿Es decir que no temos ya nada que decirnos?

—Nó, nada mas.

—Entonces, conducidme.

El ex-teniente gritó al cochero:

—Avenida de la Reina Hortensia.

El carruaje se volvió y rodó velozmente.

Ni una palabra se pronunció entre ambos hasta el momento en que se paró el coche en el sitio acostumbrado.

—¿Es decir—preguntó Lazarine en el momento de bajar—que somos enemigos?

—Yo no soy vuestro enemigo, puesto que os amo—respondió Marcelo.

—¿Pero sosteneis las amenazas y las palabras que acabais de proferir hace un momento?

—No me retracto de nada.

—Bueno; entonces es la guerra.

—Si quereis la guerra, será la guerra.

—Adios, señor Marcelo Laugier.

—Hasta la vista, señora marquesa.

Lazarine habrió la portezuela del coche lanzándose fuera, oyéndose el ruido de sus pisadas, que iban apagándose á medida que se alejaba.

—¡Ah!—murmuró el ex-oficial cuando se quedó solo,—el dia que la casualidad puso á esa mujer en mi camino fué un dia bien desgraciado.

La marquesa entró en su casa por la puerta que daba al parque de Monceaux, subió precipitadamente la escalera falsa y se encerró en su cuarto.



Las bujias que habia dejado encendidas al tiempo de marcharse, alumbraban todavia.

Se puso delante de un espejo de Venecia para quitarse el sombrero, y se miró maquinalmente.

Tuvo miedo de sí misma.

Un tinte lívido y sombrío habia reemplazado la fresca transparencia de su cútis.

Un círculo amoratado se extendia alrededor de sus encendidos párpados, y en medio de esta aureola brillaba el sombrio fuego de sus pupilas de la misma manera que habian brillado los ojos de Renée cuando recogia gota á gota la sávia envenenada del euphorbio de Abisinia.

Nunca el paroxismo de la rabia se habia impreso con mas energia en semblante humano.

Lazarine tenia en la mano un pañuelo bordado con las armas de los Tour du Roy, rodeado de encajes de Melinas.

Le mordió llena de rabia, haciéndole trizas y arrojándole á la chimenea, sentándose despues y retorciéndose las manos.

La sangre afluía á su garganta, y parecia que estaba á punto de llorar; pero sus ojos permanecieron secos y su brillo se animaba cada vez mas.

Sus temblorosos labios pronunciaron palabras sin hilacion, y se agitaba convulsa contra

aquella situacion que la dominaba como si fuera presa de una horrible pesadilla.

¡Pues qué! ¿acaso el hombre que ella habia tomado como instrumento de fortuna, el hombre que con su inconsciente complicidad habia puesto en sus manos la herencia de su esposo, iba á cenvertirse en su perseguidor, deteniéndola en su camino, turbándola en su vida, aprisionándola en su amor, y abriendo un abismo entre ella y una fortuna mayor?

—¿Este hombre es admisible? ¿Es aceptable? ¡Cien mil veces nó! ese hombre ha dicho jactanciosamente: *sereis libre cuando yo esté muerto;* pues él mismo ha pronunciado su sentencia—dijo la marquesa entre sí.—Así como se quita un obstáculo se puede suprimir un enemigo, y yo me encuentro en el caso de legítima defensa.

De repente recobró su calma, y cogiéndo una hoja de papel sin escudo escribió lo siguiente:

"*Estaba loca.... os ofrezco la paz y olvidadlo todo. Esperadme mañana, en la noche, á la hora y en el sitio de costumbre,*"

Puso en el sobre las señas de Marcelo Laugier y llamó á una doncella para que la pusiese en el correo.

---



## XLVI

Imposible seria explicar la sorpresa y la alegria que tuvo Marcelo al recibir la carta que acabamos de trazar en el capítulo anterior.

Lo mismo que todos los enamorados, no deseaba otra cosa sino convencerse, y ¡cosa rara y digna de mencionarse! los hombres mas desconfiados son tambien los crédulos en el momento en que sienten una pasion sincera que los domina.

A Marcelo no le costó mucho trabajo persuadirse de que Lazarine le amaba todavia y que debia atribuir la escena de la víspera á una de esas crísis nerviosas á que están sujetas algunas mujeres y que se parecen mucho á la locura.

Volvió á confiar en aquel porvenir que le parecia tan oscuro pocos momentos antes y que ahora miraba lleno de brillantes colores.

Lazarine fué exacta y se mostró dulce y buena, afectuosa y sencilla, con un abandono mas tierno y mas sério á la vez que de costumbre.

—Es preciso que nos perdonemos mútua-